

sangre y carne humana en descomposición. A veces parecía que por los arroyos y ríos de la Gran Colombia corría más sangre que agua. Nadie en la Gran Colombia —fuese rico o pobre, español o criollo, hombre libre o esclavo— podría proclamarse inocente [...] Este era el resultado de las guerras de Independencia... una nación de gentes con los corazones duros, un lugar en el que el odio era lo que hacía latir los corazones. Una nación de gente cegada por la ira, una raza de bestias feroces indiferentes al sufrimiento humano. [págs. 299-300]



Y el segundo sobre la vanidad de tanto afán y matanza, característica de nuestro mundo, que Manuela suscribe ya en los linderos del más allá:

[...] este mundo que imprudentemente llamamos nuestro, o incluso hogar, pero que no es nada más que una hermosa, y con frecuencia dolorosa, estación de paso; un sitio en el que luchamos con desesperación para crear, controlar, cambiar, aferrarnos a las cosas, a la gente, al poder, a la gloria, a la belleza y hasta al amor, sin entender que todo ello nos es dado sólo en préstamo, para ser pasado una y otra vez a aquéllos que vienen detrás de nosotros, ya sean amos o esclavos, a todos los insensatos que habitan la tierra, soñando

esos sueños de los que estamos hechos. [pág. 366]

Sí, nuestras vidas, particularmente en Colombia, son los ríos —de sangre— que van a dar en la mar.

ANTONIO SILVERA
ARENAS

“Dositeo y sus veinticuatro horas narrables”

¡Otra vez!

Saúl Álvarez Lara

Hombre Nuevo Editores, Secretaría de Cultura Ciudadana, Medellín, 2007, 293 págs.

Saúl Álvarez Lara nació en 1948, escribe, pinta, es diseñador y publicista. Egresado de la Escuela Nacional Superior de Arquitectura y Artes Visuales de La Cambre, en Bruselas, se desempeñó como director creativo de Pérez y Villa Publicidad en Medellín y actualmente es profesor, investigador, asesor creativo y asesor gráfico. En el 2005 ganó la III Convocatoria de Proyectos Culturales de la Alcaldía de Medellín con esta novela ¡Otra vez!

Dositeo el protagonista narrador nació un 29 de febrero. La novela se sucede en cada una de las celebraciones de ese día que no existe sino una vez cada cuatro años. Nunca sale de su cuarto y desfilan por allí sus historias de vida, recuerdos y enredos familiares.

Desde que tiene cuatro años, es decir su primer cumpleaños narrable, Dositeo relata detalles de las veinticuatro horas del particular día y el lector sigue el paso del tiempo con los temores y las disertaciones del protagonista que a veces da la impresión de ser un ente o una especie de molusco al que le suceden acontecimientos en los que participa de una u otra manera, bien como

simple espectador que no rechista, o como protagonista narrador de la vida cotidiana de los personajes que llegan a la casa donde habita.

Un buen lector puede ser erudito, sin embargo, el dejarse atrapar por letras ajenas en el oficio de escribir es una trampa peligrosa, al contrario de aquello que le puede suceder al lector que puede recibir múltiples influencias que no superarán jamás el transfondo para aparecer como escrito. Esta novela parece repleta de lugares comunes y asida bajo sombras reconocidas; una de las protagonista deja siempre olor a jazmín en los rincones, la saga familiar, los fantasmas, las ausencias, la clarividencia, las predicciones.

4:09 a.m.

Mientras en la habitación del ala derecha el olor del jazmín pegado a paredes, muebles, cortinas, parecía parte del mobiliario y como música de fondo se escuchaba la voz del cardenal, amigo, compatriota y mentor [...]

Jacinta, que de la señora Dolores conoce lo poco que él le ha contado, asegura que la facilidad para inventar frases que parecen arengas la heredó de su devoción ajena. [pág. 57]

Aunque Dositeo no sale jamás de su ámbito, aparecen personajes a su alrededor que están ligados a su vida o se ligan a la fuerza. A pesar de hacer el intento de narrar las veinticuatro horas de su vida y entretener los recuerdos de cada uno de los onomásticos, la estructura tan compleja termina por desflecar el intento de trama o la posibilidad de una narración en la cual se armen personajes capaces de llevar al lector por alguno de los caminos propuestos. Los personajes entretreídos en un intento complejo de estructuras no logran consolidarse más que en imágenes diversas.

Todavía quedan cosas para desmembrar en la memoria circunstancial que Ramplonés inventó para obligarme a hablar el

día de la celebración, a mí, el tes-tigo mudo, la esfinge, el Buda quieto que algunos tocan y pocos ven. Pero no hablo, sólo pongo a funcionar, como en una película, los mecanismos de la memoria y cada vez que llega el momento, a veces doloroso, a veces no, las circunstancias se desenvuelven corregidas y aumentadas. No es extraño que Ramplonés haya pensado que algo así podría suceder [...] [pág. 56]

Sus padres desaparecen, el narrador queda a merced de dos mujeres, Zoila prima lejana y Jacinta que lleva y trae mensajes, atrae o repele personajes. Las mismas mujeres son la madre ausente y quienes lo inician sexualmente. Son también la ventana hacia el exterior.



1:57 a.m.

Según Jacinta, desde aquella época el olor de jazmín se sintió en todos los rincones. Ella misma lo llevaba pegado a su cuerpo. Desde su primera celebración después de su llegada, al ver que Zoila me felicitaba como lo hizo Úrsula hasta el día de su muerte, ella decidió que también le correspondía el deber, pero luego, después del ajetreo del desayuno y la romería. En la soledad del mediodía, entraba en la habitación, cerraba la puerta, se desabrochaba la blusa, siempre blanca y me estrechaba contra sus senos des-

nudos. Cuando fui más grande, mayor diría yo, se desnudaba por completo me metía en la cama junto a ella y me incrustaba entre sus piernas hasta que me quedaba dormido. La segunda vez que sucedió creí que era Zoila, el aroma de su cuerpo era idéntico. Después de eso el jazmín estaba pegado en todos los resquicios de las cosas y de nuestros cuerpos. [págs. 31 y 32]

La vida es la narración de Dositeo y sus veinticuatro horas narrables en cada onomástico, en esas horas desfilan apartes de la realidad nacional y conflictos entre los mismos personajes que van habitando la casa heredada por el protagonista, *flashbacks*, recuerdos, sensaciones, una casa tomada por ratos, una habitación clausurada, el deseo por una u otra de las mujeres, el incesto, la presencia de la religión entre otras, una y otra vez van armando una novela que de tan compleja a veces es muy confusa, abigarrada y poco tangible.

JIMENA MONTAÑA
CUÉLLAR

“Caleidoscopio de luces y sombras”

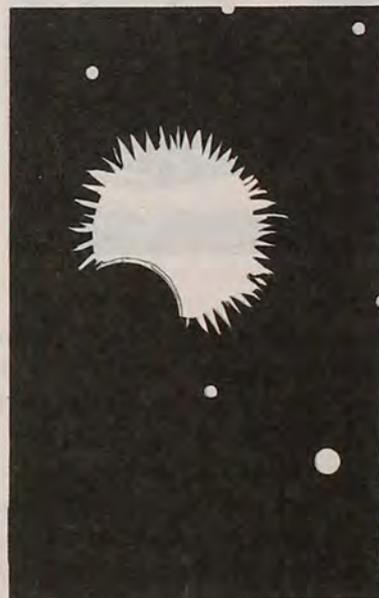
Desnuda en el armario

Cecilia Percy

Editorial Domingo Atrasado, Bogotá, 2006, 131 págs.

Sola, sentada en un andén, sin recurso alguno, Manuela se queda mirando el enorme camión que se aleja por la carretera. Alcanza, pese a su desamparo, a fijar la atención en los troncos que danzan pesadamente en la carrocería, como monstruos, y puede reconocer, a pesar de la distancia, una silueta blanca que se asoma por la ventanilla. Es Amada, su madre, que no ha querido llevarla consigo por aquello de no andar con hijos desocupados mero-

deando por ahí, pero que sí se ha ocupado en arrastrar los setenta y cinco troncos pintados que ha venido atesorando a lo largo de los años. Después de todo ella es una artista, una verdadera artista, la única en kilómetros y kilómetros a la redonda. Cada cual... como suele decir, con lo suyo. Si Manuela, que ya es toda una mujer, no consigue desenvolverse en Barranquilla, allá ella. Que bastantes oportunidades tuvo y que tenga buena suerte, o que si no... Que no se queje. Así las cosas, luego de gastar su última moneda en una llamada completamente inútil —su tía Elvira no quiere volver a verla— Manuela, nieta de doña Isabel, quien fuera la mujer más poderosa y rica de la región, e hija de Abel, el consentido, heredero de una gran fortuna, comprende que ya no queda ningún camino abierto para ella. Está desnuda, completamente desnuda y dentro de un armario en donde la van a sorprender.



Estoy metida en un armario, desnuda. Oigo voces afuera, no me atrevo a moverme. No quiero que vean mis senos sin nada encima. ¿Por qué no me puse una blusa? No sé, no puedo pensar claramente. Está muy oscuro. De repente alguien abre la puerta. Veo a papá y a don Tulio. Me miran. Trato de taparme y me doy cuenta de que tampoco tengo pantalones.